S. XIX
14

ABENAMAR

Y

EL ESTUDIANTE.

Capricho periodístico.

Primer periodo:

Desde 1.° de diciembre de 1838 hasta 10 de marzo de 1839.

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS · SEMINARIO BIBLIOGRAFICO DEL SIGLO XIX

Madrid.
Imprenta de la Compañía Tipográfica.
1839.

R. 493

Núm. 1.º Domingo 2 de diciembre de 1838.

ABENAMAR
y
EL ESTUDIANTE.

ARTÍCULO Á MANERA DE PRÓLOGO.

Como soy *Abenamar*, que me estan dando tentaciones de no tomar la pluma en toda mi vida, nada mas de por dejar burlado al público con el prospecto de este periódico; porque bien mirado es una mala vergüenza, que en un pais en que todo el mundo se burla del público, haya quien le diga la verdad y le defienda de buena voluntad. Sí, amigo público, yo siempre te defendí, y aun por eso he salido muchas veces con las manos en la cabeza; y en verdad y en mi ánima que me tendria mas cuenta denostarte, rascarte los bolsillos y reirme de tí, que salir ahora en compañía del *Estudiante* á desfacer agravios, y á

defender doncellas por esas encrucijadas. Y si aun mi compañero fuese un hombre de estos de pelo en pecho que en un apuro tiran de una navaja de á tercia y le sacan á uno airoso sin que nadie levante el dedo, al fin podia uno atreverse á echar un *pasacalle* por esas esquinas; pero él es un *Estudiante* que lleva anteojos y que ademas está ahora como la muger honrada, la pierna quebrada y en casa, aunque él no la tiene quebrada sino desconcertada como nuestra manera de gobernar. ¿Quieren ustedes un retrato al vivo de nuestra política? Pues cojan ustedes la primera pierna que encuentren al paso, desconciértenla y digan luego mirándola de hito en hito, *ecce homo.* Háganme ustedes el favor de decirme si con una conducta política de cataplasma y fricciones de aguardiente alcanforado (este aguardiente se vende en Doña María de Aragon) podrá la nacion y la causa de la libertad salir á una orilla, y si yo con un compañero que se halla ahora como nuestra política podré esperar otra cosa que tropezones, traspieses y porrazos.

Pero á bien que de todos nuestros apuros nos sacarán las juntas ó consejos que pensamos celebrar diariamente. Anoche tuvimos el *Estudiante* y yo un *consejo de redaccion* que duró hasta las tres de la madrugada. ¡Qué de cosas se ventilaron allí! Teníamos el balcon abierto, y los

primeros que se ventilaron fuimos el *Estudiante* y yo. Se ventilaron una porcion de periódicos que habia sobre la mesa. Se ventiló la Guia de Forasteros y..... hasta los ratones se ventilaron. ¿Qué te parece, *Abenamar*, me dijo el *Estudiante*, la cosa marcha?—Puff... le contesté yo; la cosa va que vuela. Para salvar á una nacion que se la llevan los demonios á toda prisa, no hay una cosa mas sana que un discurso llamado de la corona, y una contestacion que dure quince dias, y en la que se luzcan todos los que no tengan secuestrada la facultad de hablar. ¡Hablar! ¡hablar! ¡oh!!! ¿qué seria del hombre sino hablase? El habla nos distingue de los perros, que solo saben ladrar. De los lobos que ahullan; de los leones que rugen; de los burros que rebuznan; de los toros que mugen; de los caballos que relinchan; de los cerdos que gruñen; de las gallinas que cacarean; de los carneros que balan, y de los gallos que cantan ki-kirì-quí.

Como tengamos la fortuna de formar un ejército de 200,000 discursos, 50,000 proposiciones y 10,000 interpelaciones, caemos en seguida sobre los facciosos y los ahogamos. Una plaga mayor que las siete de Egipto les vendrá entonces encima, y por cada bala que nos tiren, les volveremos nosotros veinte palabras, y que nos

entren. Por otra parte, es menester que nosotros adoptemos para curar la enfermedad conocida por *facciositis* la medicina *homeopática*. ¿Ganan ellos una accion? Pues ganen otra, y el enfermo se salva. ¿Tenemos nosotros un ministerio malo? Pues nombrar otro peor, y se salva el enfermo. ¿Hacen los facciosos diez disparates? Pues hagamos veinte nosotros y termina la enfermedad. ¿Nos fusilan cien prisioneros? Pues dejamos que nos fusilen doscientos, y desaparecen los síntomas. ¿Nos ha traido á este punto el sistema seguido de cuatro años acá? Pues seguirlo otros cuatro y la enfermedad desaparece para siempre. — Sin duda alguna, me contestó el *Estudiante*; y con esto y con el sueño que teníamos, y con estar satisfechos de haber salvado la patria, con los asuntos que se *ventilaron* en el *consejo*, nos fuimos á casa, y buenas noches.

Abenamar.

COLECCION DE CARTAS.

Advertencia preliminar. Han dado en decir las gentes que la seguridad y secreto de las cartas que se escriben por el correo son algo *mas* que problemáticos (ó algo *menos*... no sé á punto fijo como estará mejor dicho) en estos tiem-

pos de facciosos, y de otras muchas causas *interceptatrices*. Yo no diré que sea cierto; pero en caso de duda, estoy por lo mas seguro, que es evitar el riesgo; y habiendo de escribir á varios sugetos sobre ciertos puntos de gravísimo interes, me he determinado á escribir cartas públicas, cartas impresas, cartas-carteles; cartas que no darán *márgen* á las sospechas de la policía, *aunque sí tendran sus correspondientes márgenes*, como todo lo que se inserte en este periódico, ó como decia el prospecto, en este *capricho*; cartas que no darán pábulo á la curiosidad de ningun agente secreto, ni á las hogueras de los carlistas; cartas de quien el público será al mismo tiempo confidente, fiscal y cartero: confidente, porque á él hago partícipe de los secretos encerrados en esta mi nueva y única correspondencia: fiscal porque le pido que severamente censure su contesto; y cartero, porque á este mismo público ruego en general, y á tí, lector, en particular encomiendo que por tu medio lleguen mis cartas á los oidos y á los ojos de los personages á quienes vayan dirijidas.

Y con esto, no canso mas &c.

Carta 1.ª

El Estudiante al Sr. Olozaga.

Muy Sr. mio: Aquella aficion que naturalmente inspiran los hombres de talento y grandes cualidades, aquella inclinacion y secreto afecto que hácia ellos sentimos todos, lo cual no me atrevo yo á llamar aqui *simpatía*, por no dejar escapar con capa de tal nombre alguna centella de amor propio, hace algunos años que tiene colocado á V. en el tabernáculo de mi estimacion, en lugar preferente y privilegiado. Acuérdome bien que en la primera legislatura de esta tercera, y no sé si postrera época de gobierno representativo, concurriamos por accidente los dos juntos á oir las sesiones, desde esa tribuna en donde los taquígrafos dicen que copian los discursos de nuestros representantes. Asestaba V. á los *procuradorescos* escaños el catalejo (por señas que consistia en una lente cuadrada con su armadura de concha, que V. traia al cuello por entonces) y yo asestaba mis dobles y perpétuas gafas á aquel jóven letrado, á aquel *D. Salustiano de Olózaga*, ya célebre por sus prendas y por sus desgracias políticas. Parecíame en aquellos momentos que al *Sr. Olózaga* y á mí nos

ocupaba á veces una misma idea: «dia llegará *en que yo me siente* allí» decia V. para su capote, entendiéndose aquí por *capote* el retirado apartamiento del alma donde el gérmen de la noble ambicion comenzaba á desarrollarse. «Dia llegará en que él se siente allí» decia yo para mi sayo, si es permitido llamar *sayo* al secreto presentimiento de que algun dia habia de ocupar un lugar en aquellos asientos el *Sr. Olózaga*. Y cuidado que cuando decia yo asientos, no esceptuaba mas que la regia silla, colocada bajo el dosel como los españoles tenemos la fortuna, es decir, de espaldas: los demas asientos del salon todos los incluia en el pronóstico, lo mismo la poltrona presidencial desde donde ahora se entretiene el Sr. Isturiz en llenar y vaciar la galería pública que los bancos encarnados de los procuradores; lo mismo las sillas de los secretarios de las Córtes, que los bancos negros de los secretarios del Despacho. La interior complacencia que el amor propio me hacia sentir, con figurarme encubrado al objeto de mi veneracion, se acrecentaba viendo que V., *Sr. D. Salustiano*, cuando nos cruzábamos de palabras glosando los discursos de los oradores, criticando sus opiniones y contestando allá para *inter nos* á sus argumentos; estaba muy acorde con mis ideas; y llevado de esta manía, tal vez perniciosa, de cla-

sificar, teniéndome yo por moderado, le gradué á V. de moderado tambien sin duda alguna.

Ocurrió despues lo que todos sabemos, y empezó á verificarse mi prediccion respecto á la elevacion de V.; pero se me separó despues un tanto cuanto, arrimándose á cierta gentecica, que, con perdon sea dicho, ni ha sido ni puede ser nunca de mi devocion. Los partidos son respetables, ó por mejor decir las opiniones, si señor: yo puedo y debo, no solo tolerar que un hombre piense, v. g., que en España convienen instituciones republicanas ú otra cosa igualmente distante de mi parecer, sino tambien guardar siempre el recelo de que yo estoy equivocado y aquel contrario mio es el que acierta. En este sentido, los hombres de la opinion opuesta me son respetables, aun cuando las tales opiniones me hagan reir como el tribuno del señor Campuzano y las ruinas del señor Lopez: pero lo que yo no he respetado ni respetaré jamás, es el hombre que agregándose á un partido quiere convertir las opiniones, actos y fuerza de aquel partido en provecho suyo y en escabel donde fijar el pie, para alcanzar el puesto de su codicia ansiado. Contesto así de paso á una espresion que en la sesion del jueves último salió de la boca de V., y prosigo diciendo que en los tiempos á que en mi narracion me refiero, no bastó á menoscabar

mi afecto el ver al señor OLÓZAGA tan revuelto con la pandilla dominante, y siempre me consolaba la esperanza en sus talentos, y sobre todo una circunstancia en que nadie quizá habrá reparado. Llamaba á V. por entonces todo el mundo (aquí es donde el que leyere ha de clavar toda la consideracion) el *jóven* gobernador civil, y esta *nota de juventud* poco importante tal vez para inteligencias sublimes, lo era mucho á los ojos y al instinto del pueblo que cuando piensa por sí, juzga sanamente y no se engaña. Siento hablar de estas ideas mias respecto á la juventud de V. y á la juventud española, en momentos en que otro distinguido diputado, apellidado *jóven* tambien como por antonomasia, tiene disgustados á muchos hombres sensatos; pero ademas de que conviene ver bien antes de fallarla, la causa del *jóven caudillo*, por mal que él saliera, siempre saldria yo bien diciendo que no hay regla sin escepcion.

Seguí, pues, con los ojos fijos en V. mirándole como verdadero jóven de esperanzas, y mil veces mezclé en mis escritos elogios con censuras, no pudiendo ocultar que me interesaba su marcha, y que no perdia de vista los descarrios que en ella echaba de ver de vez en cuando. Sobre todo, Sr. D. *SALUSTIANO*, sobre todo en la discusion de la Constitucion que actualmente *casi*

nos rige, dió V. á entender bien claramente sus buenas luces y propension natural á los principios de la verdadera política: la primera de estas dos cualidades resaltaba en lo embarazado que se veia V. para sostener ciertos sofismas, y la segunda resplandecia en sus generosos esfuerzos para establecer y cimentar doctrinas de órden, fijando las bases de una constitucion menos democrática de lo que ciertas cabezas huecas pretendian.

Si yo alargase esta historia ó recargara el cuadro, mis alabanzas sinceras podrian llegar á parecer *lisonjas*: voy, pues, al objeto de esta carta. El discurso del jueves, aquel discurso que V. pronunció ha tres dias anatematizando á todos los partidos y dándoles en rostro con su obstinacion y sus errores ha acabado, sobre los antecedentes ya dichos, de grangearle toda mi amistad. O la hipocresia de V. es grande, y me ha seducido, ó su sincera honradez es noble y me ha cautivado: ademas estamos de acuerdo en punto al único remedio que se entrevé posible á nuestros males. *Hombres nuevos* ha dicho V. en sustancia; hombres nuevos necesitamos: yo digo mas, *hombres nuevos y jóvenes*. Nuevos, para que el descrédito de sus anteriores desaciertos no malogre sus esfuerzos enagenándoles las voluntades; jóvenes, para que el vigor y la lozania de la edad soporte

el gran peso del gobierno del Estado, y para que su corazon no contaminado de los errores sistemáticos, pueda desarraigar todo linage de rancias preocupaciones, modificar segun el tiempo sus ideas, y hacer aplicacion discreta de lo que de bueno tengan todas las encontradas escuelas, y de lo que de honrado haya en todos los encontrados partidos. El de los *jóvenes* es el único que entre ellos debe prevalecer: coliguémonos los *jóvenes* (claro es que no doy este nombre á los imberbes ni á las cabezas pueriles de treinta años) pensemos en nuestro presente y en nuestro porvenir: en nosotros hay fuerza para luchar contra los obstáculos, hay actividad para acelerar las reformas, hay valor para combatir, deseo de gloria, el estímulo que da la esperanza, seca y agostada en los corazones viejos, y hay en fin todas las cualidades necesarias para salvar á nuestro pais de tan peligrosa crísis.

¿Y quién como un diputado de crédito, de talentos, de dotes oratorias, de otras mil prendas personales; quién como V., en una palabra, podrá levantar esta bandera? Apártense de una vez los corazones frios y manos descarnadas que nada pueden conseguir evidentemente, pues que nada han conseguido; colóquense en el circo mientras nosotros luchamos en la arena; ayúdennos con tal cual consejo; aliéntennos con el aplauso,

pero dejen á la robustez juvenil lo material del combate.

¿No encuentra V. esta idea provechosa? ¿No podria conseguirse la union de los partidos con esta nueva clasificacion de hombres viejos y hombres nuevos tomada de la naturaleza? ¿No es verdad que á la perspicacia de V. no es necesaria mayor esplicacion del pensamiento? Pues ahora bien, *Sr. D. Salustiano*, ese pensamiento no es solo mio; es el de muchos centenares de españoles: lo que solamente es mio es el deseo de que V. se aplique á realizarlo, y de que predique esta nueva cruzada que asi en confuso se contenta con indicarle su apasionado de veras, y constante admirador

El Estudiante.

ROMANCE.

El Poeta y el Trapero.

No hay que horripilarse, hermanos
ni hay que hacer ascos ni gestos,
á la imágen remendona
de un ciudadano trapero.
Que todos, hijos de Adan,
y de la gloria herederos,

cuando nacemos al mundo
en cueros vivos nacemos.
Tal vez se esconde entre harapos
un hombre robusto y bello,
y un corazon animoso
late tal vez en su pecho.
Tal vez románticas barbas,
ó mejor llamadas, pelos,
entre su maleza ocultan
los verdugones del cuello.
Y tal vez largo surtú
que va las calles barriendo,
entre los pliegues del paño
esconde mondados huesos.
Que si lo que está á la vista
es la mitad, por lo menos,
una mentira solemne,
un programa financiero,
lo que no se vé.... ¡Dios sabe
lo que habrá por allá dentro!....
bellezas serán, sin duda,
condenadas al secreto.
No sé yo, hermanos, por qué
en este mundo perverso,
ha de haber hombres que vivan
de desperdicios agenos.
Por qué ha de haber hombres ricos
y tras ricos, majaderos,

con los cascos de guijarro
y de alcornoque los sesos.
Mientras qué tantos poetas,
ya con bucles, ya sin ellos
por patrimonio contamos
inspiraciones y versos;
pero ¡ qué versos! ¡qué númen!
¡qué fantasmas! ¡qué esqueletos!
¡qué atrocidades! ¡qué horrores!
¡qué demonios del infierno!
¡ Y qué muchachas tan lindas!
¡y qué amores, y qué besos!
¡qué jardines! ¡qué palacios!
¡y qué zambras y qué juegos!
¡ Y qué orgías, qué festines!
¡y qué ricos terciopelos!
¡ Qué perfumes del Oriente
que se deslizan al viento
en pliegues chiquirritines
tamaños como un cabello!
¡qué de flores y guirnaldas!
¡qué de claros arroyuelos,
que van los prados bañando
como quien se vá durmiendo!
Y siembran de gordas perlas
y diamantes como huevos
cuanto tropiezan al paso
juguetones y traviesos!

¡Qué de riquezas, hermanos,
con ser poetas, tenemos!
Somos los dueños del mar,
de la tierra y de los cielos,
para el númen no hay distancias,
para nosotros no hay tiempos,
y al mismo sol le mojamos
en la oreja, con el dedo.
Si se nos pone en el moño
juntar la China y Marruecos,
alzamos el brazo y....zás,
los juntamos de un boleo.
Hay dos oficios, hermanos,
parecidos en estremo;
el de poeta es el uno,
el otro es el de trapero.
Este tiene su farol,
aquel su vela de sebo;
el uno tiene su gancho
otro por gancho sus dedos.
El uno entre la basura
vá buscando trapos viejos,
el otro viejos escritos
entre libracos mugrientos.
Uno sin cenar se acuesta,
otro cena un par de versos,
su ensaladita de frases
y su postre de conceptos.

En mala cama los dos
pasan la noche durmiendo,
y cuando los dos despiertan
se encuentran los dos en cueros.
El uno de noche asusta
á los niños y á los perros;
el otro aflige de dia
á impresores y libreros.
Yo no sé, hermanos, por qué
en este mundo perverso
ha de haber hombres que vivan
de desperdicios agenos.
¿Quereis, hermanos poetas,
quereis hermanos traperos,
aprender un gran oficio
y tener mucho dinero?
Pues aprended á *Ministros*,
y Ministros de estos tiempos,
en que aquel que medra mas
es aquel que vale menos.

Abenamar.

Madrid: Imprenta de la Compañia Tipográfica.